

el suegro de Cajeme y el jefe de caballería Yaqui Luis Miranda. Los que aún quedaban no tenían más perspectiva que una muerte segura á manos de las fuerzas perseguidoras, ó lo que era mil veces peor, por el rigor de la miseria.

Los indios comprendían perfectamente bien esta situación, como que veían todos los días los estragos de ella, y aunque los más obstinados insistían en llevar adelante una defensa imposible, muchos de ellos comenzaron á presentarse en los campamentos pidiendo paz. En Diciembre se presentaron en Cócorit de una sola vez, más de 100 guerreros armados y otros muchos sin armas. Con estos indios que se presentaban y los prisioneros que se cogían, era ya considerable la cantidad de ellos que había en los campamentos: solamente en Cócorit se contaban más de 4,000. La situación en que llegaban á la presencia de las fuerzas era conmovedora en extremo. Pálidos demacrados, hambrientos y desnudos, parecían espectros que acababan de dejar la tumba. Los soldados y los jefes los veían con lástima, les daban de comer y era ya tal la costumbre de mal alimentarse, que muchos de aquellos infelices que devoraban con avidez cuantos les daban, morían en seguida de haber comido. Así, era necesario cuidarlos dándoles los alimentos con precaución para nutrirlos poco á poco. A pesar de aquella miseria tan grande, nunca se les oía proferir una queja y la soportaban con verdadero orgullo. Ni los niños revelaban jamás con el llanto el hambre que los devoraba y que tenía sus cuerpos macilentos y enjutos.

La soberbia de aquella raza altiva no se doblegaba ni ante aquel infortunio sin ejemplo. Estaban vencidos, enteramente vencidos é impotentes; pero no humillados ni abatidos. La gran mayoría de la tribu, creyendo ignominioso el acercarse al vencedor para deberle un puñado de maíz, había preferido seguir defendiéndose en los bosques hasta no quedar uno vivo, ó salir clandestinamente de la sierra y del Río para venir á las haciendas y poblaciones del interior á buscar la vida con su trabajo. Se vieron por entonces en Guaymas, en Hermosillo y otros lugares, muchos indios extenuados por la miseria, hambrientos, casi sin poderse sostener, buscando que comer al amparo de los de su raza que viven constantemente en dichas poblaciones.

El General Martínez hacía los mayores esfuerzos para poder alimentar aquella multitud hambrienta. Consiguió que el Gobierno General mandara abonar diez centavos diarios para cada indio; pero como esto, aunque era un alivio, no era suficiente para mantenerlos, el Gobierno del Estado tenía, por su parte, que estar remitiendo constantemente al Yaqui subsistencias para aquellos desgraciados y manta para que cubrieran su desnudez. El Gobernador Torres promovió en el comercio de Guaymas una subscripción en favor de los indios y logró reunir dos mil pesos, suma que se invirtió por una junta de comerciantes nombrada con ese fin en remitir á los Yaquis sometidos en los campamentos, algunos víveres y ropa que mucho les sirvieron en su posición.

La guerra evidentemente estaba concluída con el aniquilamiento de los indios, pero como el General Martínez conocía la tenacidad de éstos y Cajeme aún permanecía entre ellos, comprendió que era necesario no dejar un solo grupo de Yaquis lejos de la vigilancia de las fuerzas, porque en la primera oportunidad que se les presentara, podían de nuevo empuñar las armas y prolongar la lucha. Las márgenes del Yaqui, fuera de los campamentos, estaban desiertas; por ninguna parte se podía encontrar un sólo indio, á no ser los que estaban sometidos ó prisioneros y era necesario buscar, donde quiera que estuviera el resto de la tribu, reunirlos donde pudiera estar vigilada y hacerla comprender que no se trataba de su exterminio. Muchos eran los indios que se habían refugiado en Guaymas, Hermosillo y las haciendas agrícolas de ambos Distritos; muchos eran también los que había en los campamentos, pero no eran todos, faltaban, tal vez los más guerreros, los más obstinados y, sobre todo, Cajeme y varios

de sus más importantes lugartenientes, que mientras no fueran aprehendidos, constituían un serio amago á la tranquilidad de los Ríos. El Coronel Torres tuvo noticia de que en las islas del Siari y de Lobos, muy cerca de la costa del Golfo de Cortés, se habían refugiado muchos indios con algunos de sus cabecillas y entre ellos Cajeme, y dispuso hacer una expedición á aquellos lugares. El 25 de Diciembre se embarcó en Guaymas en el vapor nacional *Demócrata* con algunas fuerzas, y el 28 lo siguió el General Martínez en el *Korrigan*, vaporcito de la Compañía minera del Boleo, en la baja California. El Coronel Rincón había recibido orden de marchar por tierra y reunirse en el Siari con el Coronel Torres, pues la faja de agua que separa aquella isla de la tierra es vadeable en las bajas mareas. El Coronel Torres logró desembarcar en ella, recogió algunos indios y los condujo á bordo del *Demócrata*; desembarcó así mismo en otra isla llamada El Piano y recogió allí otros indígenas.

El General Martínez hizo igual operación en la isla de Lobos, reuniendo en junto una cantidad como de 400 indios. Casi al mismo tiempo que se practicaban estas operaciones, el General Hernández emprendió una expedición sobre la sierra y tuvo la fortuna de que se le presentara una multitud, como de 1000 Yaquis, á quienes trasladó al Médano. Parece que Cajeme estaba en el Bacatete con una escolta y cuando iba á ser aprehendido se defendió y logró huir perseguido por 30 caballos del 1er. Cuadro de Regimiento. De Hermosillo salió una pequeña fuerza de caballería del Estado procurando cortarle la retirada hacia la frontera, pero sin obtener resultado alguno, pues Cajeme era una especie de fantasma, que se desvanecía como una sombra en el momento de ponerle la mano encima.

Estas fueron las últimas operaciones de la campaña, la cual terminó con el año de 1886. Los indios estaban dominados y el objeto de la guerra, la pacificación de las tribus, se había obtenido por la fuerza de las armas y no por la persuasión, es cierto; pero de todos modos, los indios estaban sometidos, habían terminado como entidad independiente, y ya este era el principio de una obra grandiosa y humanitaria: su civilización é incorporación á la masa común de los ciudadanos de la República. Es verdad que Cajeme y otros jefes temibles habían logrado escapar: pero no lo es menos que andaban huyendo ó estaban escondidos, con las manos atadas, sin elementos para renovar la lucha, cansados por la defensa heroica que habían hecho y apenas podían sustraerse á la persecución que por todas partes se les hacía. Otros varios cabecillas, entre ellos Jesús Maldonado, que era de los más encarnizados y tenaces, habían sido cogidos y fusilados para evitar que volvieran á trastornar la paz.

Terminada la guerra, la tranquilidad era completa en ambos Ríos y desde antes del mes de Diciembre ya se podía viajar por ellos con entera seguridad. Al Yaqui principalmente comenzaron á acudir muchas gentes de los pueblos vecinos, es decir, de Baroyeca, Quiriego, Rosario, Batacosa, Buenavista y Cumuripa; unos á hacer el comercio con las tropas de las guarniciones, otros llevando sus ganados para establecer sus crías y otros con el fin de cultivar aquellos feracísimos terrenos. Los destacamentos habían ya tomado un carácter permanente en algunos lugares del Río como el Médano, el Añil y Cócorit y bajo la dirección de los jefes militares se han comenzado á formar allí poblaciones que serán la base de una tranquilidad permanente y de la civilización de la tribu.

Nuestro héroe, el indomable Cajeme, perseguido sin cesar tanto en la montaña como en las márgenes del Yaqui, comprendió que no podía permanecer más tiempo en aquellos lugares, en donde por otra parte, ya no tenía misión que llenar, y vino á refugiarse á San José de Guaymas, en la casa de un individuo de nombre Galaz. Desde el 6 de Febrero de 1887 estuvo allí escondido, sin que los que lo sabían pensarán en descubrirlo. El 11 de Abril una india que conocía el secreto lo reveló á Don Salvador Armenta, Administrador de Rentas de Guaymas; éste lo participó á Don Francisco Seldner, y como ni tenían seguridad de que fuera cierto ni

se atrevían á procurar desengañarse por temor de que se escapara el cabecilla Yaqui, si realmente estaba allí, temían dar aviso al General Martínez que se hallaba en Guaymas, pues no querían engañarlo con una noticia que podía ser falsa. El Gobernador Torres estaba á la sazón en Nogales, Seldner le avisó por telégrafo lo que sabían, y en la misma noche en un tren extraordinario, el Gobernador se trasladó á Guaymas, se impuso del origen de la noticia, la comunicó al General Martínez y este jefe en la mañana del 12, con una pequeña escolta se trasladó á San José de Guaymas, encontró á Cajeme en la casa donde estaba refugiado y lo aprehendió, no sin que el valiente Yaqui, que estaba armado, hubiera pretendido defenderse. El General Martínez obró generosamente con su prisionero; lo alojó en su misma habitación, lo trató con las mayores consideraciones y procuró hacerle lo menos dura su terrible suerte.

La familia de Cajeme estaba en Guaymas, permitió que se trasladara al lado de éste y causaba verdadero interés ver al jefe Yaqui durante los días de su cautividad ocuparse de enseñar á leer á su pequeño hijo. Como es natural, el público tenía gran curiosidad de conocer al valiente guerrero indio y muchísimas personas fueron á visitarlo. El las recibía á todas con amabilidad y una eterna sonrisa que no abandonaba sus labios; contestaba con naturalidad y sin encogimiento á cuantas preguntas se le hacían y revelaba en todo una sangre fría inalterable y una energía sin límites. Los indios ocurrieron en masa á verlo y un día en que una multitud de ellos se agrupaba á la ventana para contemplarlo, ocurrió una escena tan sencilla como conmovedora. Una pobre india desató una pequeña moneda que llevaba envuelta en el pañuelo, quizá lo único que tenía para sus hijos, y acercándose á Cajeme con el mayor respeto, se la dió; Cajeme la tomó conmovido y no pudo ocultar una lágrima que brotó de sus ojos.

En aquellos días, dice el Sr. Corral, estuve en Guaymas y fuí también á conocerlo. Creía encontrarme con un indio corpulento, silencioso y de expresión feroz en el semblante, y no dejé de sorprenderme ver un hombre de mediana estatura, delgado sin ser flaco, con una sonrisa astuta en una boca desmesurada, de aspecto simpático y blando y comunicativo como pocos indios. Hablé con él largamente, le pregunté por algunos rasgos de su vida que yo no conocía, le hablé de otros que me eran conocidos y á todo me contestó siempre con desembarazo, haciendo gala de una memoria prodigiosa, recordando con precisión fechas y detalles y empeñándose en demostrar que nada ocultaba. Me dijo que comprendía la necesidad de una nueva existencia para los indios, basada en su sumisión al Gobierno y que no creía que volvieran á rebelarse por que el castigo que habían recibido era muy severo. «Antes como antes, y ahora como ahora, decía; antes éramos enemigos y peleábamos, ahora está todo concluido y todos somos amigos.» Me refirió muchos de los incidentes ocurridos en el Yaqui durante su dominación, haciendo alarde de su patriotismo como mexicano.

Decía que en una vez un americano había mandado decirle que quería construir un ferrocarril al Yaqui para, explotar el carbón de piedra que hay en aquella región, pretendiendo el permiso de la tribu y ofreciéndole, en cambio, que arreglaría con el Gobierno General la cuestión de terrenos de los indios y que obtendría títulos para que todo fuera de ellos. Yo le contesté, decía Cajeme, que nosotros los mexicanos no necesitábamos que los extranjeros vinieran á cogernos la mano para persignarnos, y acompañaba esta frase con la señal de la cruz y haciendo ademanes de persignarse. Hablándole de campaña le pregunté cuánta fuerza tenía en la fortificación del Añil cuando logró rechazar al General Topete; me dijo que no pasarían de 300 hombres; y habiéndole replicado que me parecían pocos, pues según el testimonio de todos los que concurrieron al ataque, debían haber sido mucho más, me contestó con una sonrisa maliciosa: Es porque los indios cuando están detrás de los palos se hacen muchos. También le pregunté cómo era que estaba tan delgado, habiendo sido un hombre tan obeso, según decían todos los que lo conocieron antes de la campaña; porque no es lo mismo, me dijo, estar comien-

do y durmiendo bien todos los días, que andar por los montes escondido sin comer y sin dormir casi nunca. Después de una conversación muy prolongada en que generalmente hablamos del Yaqui, de la organización que había dado á las tribus, del sistema que tenía para gobernarlas haciéndoles entender que todo lo que se hacía era por la voluntad de los ocho pueblos, me separé de él, quedándome una profunda impresión de simpatía por aquel indio tan inteligente y tan valeroso, último y digno jefe de una raza cuya historia está llena de rasgos de valor y de heroísmo.

Cajeme estuvo en la casa del General Martínez en Guaymas hasta el 21 de Abril de 1887; en esta fecha lo trasladaron á la cárcel y en la noche lo llevaron á bordo del *Demócrata*. Cuando lo sacaban de la prisión para llevarlo al muelle, le entregó al jefe de policía un pequeño lío con su ropa, diciéndole que lo entregara á su mujer, puesto que ya iba á morir. El Agente de Policía quiso desvanecerle aquella idea y le dijo que se quedara con su ropa y que nada le iba á suceder; no es tiempo de gastar bromas con un hombre que va á morir, le replicó Cajeme. El día 22 lo desembarcaron en la costa del Yaqui, lo condujeron por toda la margen del río, y el 25, al llegar al pueblo de Cócorit, lo pasaron por las armas.

Profunda impresión causó este acontecimiento en los indios que había en el Yaqui, recogieron su cadáver con el mayor respecto y le hicieron grandes exequias. El efecto producido por la muerte del jefe indígena ha sido terrible en toda la tribu, la cual considera que ha perdido su centro de unión, la inteligencia que la dirigía y el espíritu enérgico que le comunicaba valor en los peligros y constancia y resignación en la desgracia.

El 20 de Mayo fué aprehendido en Tucson, U. S. A., el 2.º Jefe de Cajeme, Anastasio Cucca: agenciada su extradición fué traído á Sonora y fusilado.

Resumen que manifiesta el número de indígenas sometidos á la obediencia del Gobierno en 1887.

	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
En los pueblos del Mayo	960	723	1683
En Cócorit	848	1169	2017
En Tórin	57	56	113
En Médano,	879	975	1854
	2744	2923	5667

El 17 de Febrero de 1887 ordenó el General Pedro Hinojosa, Secretario de Guerra y Marina se abonaran 9 centavos de haber, por plaza, á los indios sometidos.

Con las siguientes frases concluye D. Ramón Corral la biografía del aguerrido cacique: «Ha sido muy doloso el sacrificio de Cajeme; pero él dará por resultado el afianzamiento de la paz en los Ríos, base y principio de un período de civilización para las tribus.»

El Sr. Corral se equivocó al creer que muerto Cajeme, terminaría la guerra: en parecidos errores han incurrido muchas veces los jefes militares y los gobernantes de Sonora.

Los indios, cuando son derrotados, buscan refugio en las haciendas y ranchos del Estado; allí encuentran siempre trabajo, cuyos productos economizan para comprar con ellos parque y armas, reemplazando así las que perdieron, y una vez que han descansado y se han hecho de recursos, vuelven á la guerra de la montaña con la tenacidad que los caracteriza.

Este es, en mi concepto, el factor más importante para la prolongación de la campaña y el que les permite perpetuar la lucha.

Evitar que los hacendados acojan y protejan á los Yaquis, es casi imposible, pues éstos

son los únicos hombres de trabajo con que cuentan y sin ellos se verían en la completa imposibilidad de cultivar sus terrenos.

Así, mientras subsista el actual orden de cosas, y no se modifique profunda y radicalmente el sistema de pacificación, la guerra lleva trazas de ser interminable.

Para esto sería probablemente indispensable que el Gobierno Federal adquiriera todas las propiedades rurales de los valles de Guaymas y Agua Caliente, propiedades que más tarde podría vender á magnífico precio, y que expulsara del territorio Yaqui á todos los indios, declarando federal el Distrito de Guaymas, estableciendo colonias protegidas por las tropas de la Federación y construyendo un ferrocarril estratégico que cruzara la comarca.

Casi todos los cabecillas Yaquis han recibido con la muerte el justo castigo de sus crímenes y han muerto á manos del Ejército; pero entre los individuos de esta raza hay muchos ambiciosos que sueñan con asumir el mando supremo de la tribu, y tras el jefe que sucumbe, hay siempre un hombre audaz dispuesto á reemplazarlo.

En Noviembre de 1888 fué nombrado Jefe de la Zona Militar el ameritado General Julio M. Cervantes, quien hizo loables esfuerzos por atraer á los Yaquis, inspirándoles ideas de trabajo y de progreso.

Inició algunas obras de importancia para la agricultura de aquella región, y hubiera hecho grandes beneficios á los indígenas que ya empezaban á dedicarse á las labores de sus terrenos; pero combinaciones políticas y quizá verdaderas intrigas locales, impidieron al puntonoso jefe realizar su obra.

Hizo una concienzuda exposición de las condiciones en que se encontraban las comarcas del Yaqui y del Mayo, dando cuenta de que según el censo levantado en Abril de 1889, existían allí: 1075 varones adultos, 1110 mujeres, 552 niños, 729 niñas, 19 casas, 571 jacales, 339 enramadas, 525 caballos, 972 burros, 4699 cabezas de ganado mayor y 7332 de ganado menor.

Durante el tiempo que el General Cervantes permaneció al frente de la Zona, los indios estuvieron pacíficos y no se registraron ni alzamientos, ni hechos de armas.

En 15 de Febrero de 1890 fué substituído en el mando de la Zona por el General Don Marcos Carrillo, caballeroso y también ameritado jefe, que murió en el desempeño de su comisión y que fué siempre querido y respetado por sus altos méritos, indiscutible honradez, é irreprochable caballerosidad.

Tampoco se registraron hechos de armas, ni ocurrieron sublevaciones durante los dos años que el General Carrillo dirigió con benévola firmeza y honrada rectitud los asuntos del Yaqui.

El 23 de Febrero de 1892 fué nombrado Jefe de la misma Zona el Sr. Gral. Abraham Bandala, que también desempeñó su comisión con honradez y acierto.

No hubo en su tiempo combates notables, y sólo he encontrado como digno de llamar la atención el hecho realizado en Peña Blanca por el Capitán José María Ayala, que con 36 hombres batió y derrotó á 120 Yaquis.

El día 6 de Diciembre de 1893 recibió el mando de la Zona Militar el Sr. General Luis E. Torres, quien desempeña en la actualidad tan honroso cargo, y de cuyos hechos vamos á ocuparnos.